

dra, para volver á su centro tanto baja como subió. Si subistes por soberbia, y os parecía que estábades alto, que érades algo, que podíades y valíades, y no se podía vivir con vos; que de aquí adelante bajéis otro tanto por humildad, hasta dar con vos en tierra, y conocer que sois polvo y que valeis nada y menos que nada, y entonces sanaréis de la ceguera de vuestro entendimiento. Nunca el otro ciego del Evangelio vió, hasta que el Señor le enlodó los ojos. ¡Oh, cómo os abre los ojos del entendimiento el ponerlos muy del lodo! El acordaros que sois lodo y que en lodo vais á parar, y que en eso para todo cuanto acá buscáis, y en lodo pararán vuestros placeres, y en polvo acabaréis vos. Cuenta la sagrada Escritura que el polvo que echó Moisés en alto causó las vejigas y hinchazones en Egipto. Por levantarse el pecador en alto, siendo polvo, se le hacen hinchazones y llagas de pecados y soberbia. La Madalena, por los mismos pasos por donde se perdió, por esos mismos buscó su remedio. Había hecho guerra á Dios con boca y ojos y cabello, con olores y blanduras y regalos; pues con todo eso le sirve, y eso que había sacrificado al demonio y con que le había servido, eso mismo le sacrifica y dedica á Dios; que es el consejo del Apóstol: *Sicut exhibuistis membra vestra servire immunditiae, et iniquitati ad iniquitatem; ita nunc exhibete membra vestra servire justitiae in sanctificationem*; Así como con vuestros miembros, como con instrumentos de pecado, os determinastes de servir á vuestras torpezas é inmundicias, y pasábades de maldad á maldad; así tambien agora con todos ellos procurad de servir á la justicia y vivir conforme á ella, para vuestra santificación. Para decir esto el Apóstol, dice unas palabras galanas antes destas: *Humanum dico propter infirmitatem carnis vestrae*. Y entra luego con el *Sicut exhibuistis, etc.* Una cosa humana os digo, una cosa llana y no nada dificultosa, que puesto que os pidiera cosa mas ardua, no os hiciera agravio; pero con todo eso, no os pido sino una muy puesta en razon. ¿Qué es esa, bienaventurado Apóstol? Que hagais otro tanto por Dios como habeis hecho por el demonio; que trabajéis tanto por salvaros cuanto trabajastes por condenaros. Pues ¿qué menos os puede pedir Dios, decid, pecador, de que, siendo él quien es, hagais otro tanto en su servicio como hicistes en el del demonio? Esto nos enseña aquí la Madalena, empleando en servir á Cristo todo cuanto otro tiempo había empleado en servir al mundo y á su vanidad. Allí emplea los ojos en llorar sus pecados y se deshace en lágrimas; allí arrastra aquel cabello que tan estimado tenía; allí enloda aquella boca, besando el lodo de los piés de su Señor; allí gasta los unguentos tan preciados que ella solía traer sobre su cabeza, allí le falta la vida, allí se le acaba el alma de dolor. Aunque la Madalena callaba con la lengua estando derrocada á los piés de Cristo, y el Evangelista no cuenta que dijese alguna palabra que se oyese; con todo eso, es de creer que hablaba con el corazón. Y si hablaba, no va muy lejos de razon que dijese las palabras que don Gabriel

Fiamma, canónigo regular lateranense, dice en un soneto que hace de la Madalena, en sus *Rimas espirituales*, que por ser bueno y muy á nuestro propósito, le pondré aquí en su lengua para que los que la entienden vean su curioso pensamiento y el artificio de decillo; y tambien en la nuestra, para que los que no saben la italiana vean lo que quiso decir, pues yo no supe emparejalle el estilo, ni nuestra lengua puede decir en iguales versos lo que aquella, que tiene los términos mas cortos. Dice pues así la Madalena:

## SONETO DIL FIAMMA.

*Chiome, di mille cor reti e catene,  
E del mio vaneggiar travaglio eterno,  
Sciotte, sparse, confuse, il duol interno  
Mostrate fuori, e l'aspre altre mie pene.  
Luci, sol per l'altrui danno serenne,  
Onde già mille palme heve l'inferno;  
De l'alma il tempestoso horrido verno  
Scoprite altrui, di pianto amare piene;  
Membra, d'ogni gran mal facile et esca,  
Mani, a rapir l'altrui salute pronte,  
Siate preste à cangiar costumi e vita.  
E tu, sommo Signor, se l'età fresca  
Vissi nel fango, hor, ch'io cerco il tuo fonte,  
Per lavar l'error mio porgimi aita.*

Quiere decir este soneto:

Cabello, de almas mil red y cadena,  
De mi devanear trabajo eterno,  
Suelto y confuso, mi dolor interno  
Mostrá fuera, y mi alta, áspera pena.  
Vista en ajeno mal solo serena,  
Por quien mil triunfos ya ganó el infierno;  
Del alma el tempestuoso hórrido invierno  
Descubri á Dios, de amargo llanto lleno.  
Miembros, de males eslabon y yesca,  
Manos, que hurtáis salud de ajena gente,  
Sed prontas á mudar costumbre y vida.  
Y tú, sumo Señor, si la edad fresca  
Viví en el lodo, ya busco tu fuente:  
Lava y sana, gran Dios, mi alma perdida.

¡Oh María, oh mar de lágrimas, oh fuego y horno de amor! Y ¿hasta cuándo acabarás de llorar? Y ¿haste de deshacer ahí en llanto? ¿De qué Océano acarreas los ríos que salen de tus ojos? ¿Das á la bomba á tus entrañas para sacar el agua que derramas? Pues mira, mujer espantosa, que un aljibe estuviera ya seco con la que tú has derramado, y ¿aun tú no te das por contenta? ¿Quieres por ventura anegar en lágrimas á los que comen á la mesa? ¡Oh Sol divino, Rey de gloria! Secad con vuestros rayos aquellas fuentes, enjugad aquellos ojos de María, deshaced los ñublados de su razon, mandad á las aguas que cesen, decid á las nubes que no lluevan ya, que ya está anegado el mundo viejo y los pecados de María; cese el gran diluvio de su llanto, no se acabe de ahogar aquel pecho que tanto os ama. Abrid esa boca divina, y habladle y decidle alguna palabra de consuelo antes que muera á vuestros piés. Decidle: *Quiescat vox tua à ploratu, et oculi tui à lacrymis: quia est merces operi tuo, et est spes in novissimis tuis, ait Dominus*; Cese ya la voz de tu llanto

no vea yo mas turbios esos ojos; enjúguense, oh María, tus lágrimas; baste lo llorado, que yo me doy por contento; que galardón hay para tal obra, y grandes esperanzas te quedan de premio de tanto amor. Esto es hacer penitencia, esto es aplacar á Dios. ¡Oh, si tuviésemos vergüenza de nuestra mala vida, y qué poca agua es toda la de la mar para llorar solo un pecado! Hizo la Madalena lo que de aquella santa reina Ester cuenta la divina Escritura, que oyendo decir que el Rey tenía condenado á muerte á su pueblo, se desnudó los vestidos ricos y reales que tenía, y se vistió de cilicio y de un saco; y en lugar de los unguentos olorosos que solía poner sobre la cabeza, y en vez del aceite de azahar y de jazmin con que mojaba el cabello, puso sobre él ceniza y polvo, y humilló su cuerpo con ayunos: *Et universa loca in quibus lateri consueverat, crinium laceratione complevit*; Y con el dolor y congoja del daño de su pueblo, hinchó de manojos de cabellos todos los lugares donde otras veces solía holgarse. Tal ha de ser la penitencia, que laveis con lágrimas todos los lugares que ensuciastes con vuestros pecados, que no es justo que sea mayor la ofensa que el dolor y la penitencia; antes bien ha de ser mucho mas el arrepentimiento de vuestros pecados que lo fué el contento de cometellos, como lo dice el profeta Baruch: *Sicut enim fuit sensus vester, ut erraretis à Deo: decies tantum iterum convertentes requiretis eum*; Así como siguiendo vuestro sentido y apartados de la razon os fuistes lejos de Dios y del camino de la virtud; así diez tanto con mayor ansia volvéis á buscallo; que claro está que en el apartarse un alma de Dios y en el ofendelle no hace un solo daño, sino muchos. Quita á Dios lo que es suyo y lo que crió para sí, á la Iglesia un hijo, á la república un justo, al cielo un heredero, á los ángeles un amigo, á la ciudad de Jerusalem la celestial un ciudadano. Hace mas, que acrecienta el bando del demonio, tan aborrecido de Dios; ayuda á hacer daño á su república, que por los muchos malos la destruye Dios mas presto; puebla el infierno, que es gran afrenta para los justos, así como lo es que en la guerra los soldados de un príncipe se pasen al campo de su enemigo. Demás desto, cuando se reduce y vuelve á Dios, ha de rehacelle la pérdida del tiempo que ha estado fuera de su servicio; porque, quien ha tenido usurpada alguna heredad, no cumple con solo volvella, sino que ha de restituirla los frutos corridos de todo el tiempo que pudiera fructificar para su señor. Así tambien, siendo el hombre heredado de su Dios, y dejándose desfrutar del demonio por el pecado, no piense que cumple con solo volver á Dios lo que es suyo, sino que le ha de satisfacer el tiempo que ha dejado de serville y le ha defraudado de todo aquello; pues debe un hombre á Dios en servicio por cada uno de los beneficios que de su santa mano ha recibido, todas sus obras, todas sus palabras y todos sus deseos y pensamientos; y por esto dice el Señor que de todo esto han de dar cuenta. Y este es el verdadero y legítimo sentido del lugar que habemos alegado del profeta Baruch. Entiendan esto los que há un año

y cuatro y diez que están amancebados, y los que de sesenta años de vida, los cuarenta se les han pasado en pecado, y miren cuándo restituirán al Señor el servicio que de tantos años le deben; porque los servicios que en lo que les queda de vida le podrian hacer á Dios, ya se los deben por el título de Señor, cuyo es todo lo que trabaja y afana el esclavo. Pasemos agora á lo que del Evangelio nos queda hasta llegar á nuestro paradero.

## §. XLVI.

Estando pues la Madalena á los piés del Señor, callando, lavando, alimpiando, besando y ungiéndolos, y estando el Redentor á todo ello quedo y sin hablar palabra, Simon el fariseo, que le había convidado, que, segun dice mi padre san Agustin, era de aquellos que se picaban de santos y decian lo de Isaías: *Recede à me, noli me tangere, quia mundus sum*; Tenéos allá, no me toqueis, que me ensuciaréis, y yo soy limpio, conocia á la Madalena; y espantado de que el Señor se dejase tocar de mujer tan pecadora á su parecer, que si á él se llegara la echara á coces de sí, y no comiera aquellos ocho días, de puro asco, y había poca agua en Ebro para lavarse, comenzó á decir entre sí: «¿Este es el que me decian que era tan santo y tan gran profeta? Yo creí que había convidado á otro Eliseo, que desde Samaria sabia cuanto hacia el rey de Siria en su cámara; pero paréceme que me he engañado, porque si fuera profeta supiera qué pieza es la que le toca, porque es una gran pecadora.» No decía verdad Simon en decir que á aquella hora era pecadora la Madalena, puesto que lo hubiese sido; que no era sino justa, y harto mas que él: hé aquí los juicios de los hombres. Terrible cosa, señores, que porque uno haya sido pecador un año, lo ha de ser cuatro y toda la vida; y que os parezca á vos que porque aquel cayó, que ya no hay que aguardalle emienda; pues yo os prometo que suele á veces el caído levantarse con tal ánimo, que pelea mejor que el que no cayó. Veréis una pobrecilla mujer que tuvo alguna flaqueza, y si, vuelta della por la misericordia de Dios, trata de servirle, de confesarse á menudo, de ir al templo y de oír misa y recogerse, sale el otro fariseo y la otra mofadora murmurando: «Si por cierto, mejor le estaria á Fulana trabajar y estarse en su casa que andar arrastrando confesionarios y royendo santos, hecha santera.» Pues en verdad, que podría muy bien ser que os haga á vos con vuestra doncellería á cuestras mucha ventaja en bondad y santidad, y en lugar mas aventajado en el cielo. Este es el pleito de Marta y María, su hermana; Marta era doncella, María había sido gran pecadora; estaba el Redentor en su casa con todos sus discípulos, llegaba cansadísimo, había de comer, y María muy sin cuidado á los piés del Señor, teniéndole conversacion y entreteniéndole, y Marta muy congojada, que no se daba á manos entendiendo en la comida. Como vió así á María, parecióle que mejor le estaba á ella el llorar y contemplar, pues era doncella, que á su hermana, que no lo era, y que podía trabajar y servir en casa. Y así, dijo al Redentor: «Señor,

¿no veis el descuido de mi hermana, qué tal se está manó sobre mano y no mira que tenemos tal huésped? Mandadle que se levante y me ayude.» Mas el Redentor respondió por ella, y al fin María fué la mas amada, la de la contemplacion, la de los favores, y la regalada del Señor. Y no leemos que cuando el Redentor resucitó á Lázaro llorase, aunque salió Marta á él llorando; mas cuando vió llorar á María, turbóse y bramó y derramó lagrimas. El fariseo era destos. Cuéntase en el primero de los *Reyes* que la santa mujer Ana, madre de Samuel, no teniendo hijos, y estando lastimada de las palabras que Fenena, la otra mujer de su marido, le decia, afrentándola porque no tenia hijos, habiendo subido un día Elcana, que era el marido, y las dos mujeres á sacrificar á Silo, donde á la sazón estaba el arca del Señor y el tabernáculo que hizo Moises, porque no habia templo edificado en aquel tiempo; habiendo sacrificado por la mañana al Señor, estando comiendo del sacrificio, dice el texto que Elcana dió á Fenena y á sus hijos á cada uno su parte; y como Ana no los tenia, dióle una sola parte, y dióselo muy triste, porque la amaba mucho y era su Raquel. Dábale en rostro su comble de que Dios la habia esterilizado y quitado el fruto de su vientre, y Ana lloraba y no queria comer; esto le acaecia siempre que subian al tabernáculo del Señor. Tan fatigada se halló un día, que se fué sin comer al tabernáculo, y allí, prostrada delante del Señor, comenzó á orar y á llorar, y solamente se le vian menear los labios, pero no se le oia palabra; era después de comer, aunque ella estaba ayuna. El sumo sacerdote Heli estaba sentado á la puerta del tabernáculo y mirábala; y viendo que tardaba mucho y movia los labios, creyó que estaba embriaga, y díjole: «¿Hasta cuándo estarás borracha? Digiere primero el vino que has envasado, y después orarás.» Hé aquí otro Simon fariseo y otra María Magdalena. Parecíale á Heli que, siendo después de comer, debía estar Ana llena de vino, y trátala de embriaga. Parecíale á Simon que, siendo María tan pecadora, debía de serlo aun, y hace ascos della; y la una y la otra eran harto mejores que entrambos.

## §. XLVII.

El Redentor, que no queria comer de balde en casa de Simon, sino pagalle el escote, y sanalle á él tambien y alumbrale, dícele: «Simon, quiéroos preguntar una cuestion, un qué cosa y cosa.» Responde Simon: «Maestro, decidlo en buen hora.—Pues habeis de saber que un hombre de bien y rico tenia dos deudores, aunque las deudas no eran iguales, porque el uno le debía quinientos duecados, el otro cincuenta; pero el uno y el otro eran tan pobres, que no tenian de qué pagar. Fué tan liberal, que hizo una cosa poco usada en el mundo, y fué que á entrambos les perdonó la deuda. Decidme, Simon, pues sois dotor graduado, ¿cuál destos deudores os parece que ama mas al acreedor?» Responde Simon: «En verdad, Maestro, que á mi ruin parecer yo diria que aquel á quien mas perdonó.» Díjole el Señor: «Muy bien habeis juzgado.» Desta cues-

tion del Redentor nace una duda harto grande, porque parece que no se infiere bien ni se sigue lo que Simon dice y el Señor afirma. La razon es, porque bien puede ser que yo por ser liberal perdone al que me debe mucho y al que menos, y con todo eso me ame mas y me sea mas amigo el que menos me debía; y así, no sigue bien lo que dice Cristo, que habia juzgado bien Simon. Demás de eso, si habla de deuda de pecados y dice que al que menos ama menos se le perdona, ó es que tiene menos pecados ó tantos; pero no se le perdonan todos, si tantos, y por amar menos se le perdona menor parte dellos, esto no se puede decir, porque allá dicen los teólogos «que es impía cosa esperar de Dios medio perdon de pecados; porque, ó no perdona ninguno, ó los perdona todos». Si tiene menos pecados, porque pecó menos, no se sigue bien que ama menos, porque tuvo por poca deuda que le perdonasen; ca seguiríase deso que la Virgen María y el Bautista amaron poco, porque el uno tuvo poco que le perdonasen, y el otro nonada. Item, que cuando propone la cuestion, parece que el perdonalle mayor deuda al uno da por razon del mayor amor; en la resolucion della, da el amor por causa del perdonalle. Pues á esta dificultad, digo que no puede el Señor hablar sino de deuda de pecados, y esto es cierto; pero en esta hay dos, la una es de culpa, la otra es de pena. Digo que tampoco habla de la deuda de culpa; porque desta, ó no perdona nada ó la perdona toda; y así, no hay que inferir que á quien menos ama se le perdona menos; porque, si el amor llega á ser sobrenatural, que sale de la contricion y dolor de los pecados y ofensas de Dios, este es bastante para perdonar toda la culpa; y así, en esto no hay ninguna diferencia entre el que pecó mucho ó el que poco. Quédanos agora la pena que corresponde á la ofensa; porque, dado caso que por la contricion se remite y perdona toda la culpa, queda, empero, la pena que merecia el pecador; como cuando un caballero ha hecho una injuria á la persona real, cierto está que ha enojado al Rey, y allende deso ha incurrido en la pena de la ley; y aunque, conociendo su yerro, el Rey le admita en su gracia y le perdone la injuria y el enojo que le hizo, porque robó algo de la renta real, quédale de satisfacer á la ley y pagar lo robado, ó la pena que está puesta. Así es en el pecado, que con él injuriamos á Dios y somos transgresores de su ley, y por habernos atrevido á injuriar persona divina é infinita, somos condenados á privacion eterna de Dios y á pena infinita; pero cuando nos dolemos con verdadero arrepentimiento, perdónansenos las culpas y volvemos en amistad de Dios; mas no se nos perdona toda la pena que corresponde á la culpa, aunque se muda de eterna en el infierno á temporal; y si no la pagamos, guárdasenos para el purgatorio. Dije que no se nos perdona toda la pena, porque cierto está que la contricion, «que es verdadero dolor de la ofensa por solo Dios,» no solo quita la culpa, mas aun algo de la pena. Y que haya estas dos cosas en el pecado, vese de lo que hizo Dios con David, que con de-cille Natan: «El Señor ha perdonado tu pecado,» y

esto fue cuanto á la culpa, le dijo luego: «Pero el hijo que te ha nacido morirá,» que es cuanto á la pena; que al fin, como dice san Pablo: «Toda prevaricacion y culpa ha de pagarse al justo;» pero harta merced es de nuestro liberalísimo Dios que lo que se habia de penar en fuego sin fin, lo trueque y mude en nuestro ayuno ó limosna, ó en otras obras penales que presto se acaban. Es tambien de saber que la contricion no puede estar sin amor de Dios, y que por ella y por los actos que hay en ella se perdona parte de la pena, como por el dolor que un hombre siente de haber ofendido á tan alta Majestad y á un tan buen Señor, y por la vergüenza que pasa consigo mismo, y por el humillarse y afrentarse á los piés de un confesor diciendo sus pecados; pues aquí entra la respuesta de nuestra duda; que el Señor habla de deuda de pecados, no cuanto á la culpa, sino cuanto á la pena; y el exceso no es ya de los pecados, que uno deba quinientos y otro cincuenta, sino de la pena, que debiendo entrambos igual pena, amó el uno tanto, que, no solo le relajaron parte, mas aun toda ella; el otro que amó lo que bastaba para que le perdonasen la culpa, no llegó su dolor y amor á ser tan vehemente, que le perdonasen mas que una parte, y por esto concluyó el Señor: «A quien menos le perdonan menos ama,» que es lo mismo que si dijera al contrario: «A quien menos ama, menos se le perdona.» Y segun la doctrina dicha, es clara esta consecuencia y bonísima. Y cuando al proponer de la cuestion, dijo el Señor que el uno debía quinientos y el otro cincuenta, y que á entrambos les perdonaron la deuda, bien entendió Simon que por la amistad que tenian con el acreedor, y porque le amaban, se les habia perdonado; que á ser enemigos no lo hiciera; y por eso respondió «que amaba mas aquel á quien mas se habia perdonado.»

## §. XLVIII.

Acabando de sentenciar Simon contra sí mismo sin entendello, que es lo que cita el Apóstol del santo Job: «Cazaré yo, dice Dios, á los que presumen de sabios, y enredallos he en su astucia;» vuelve el Señor á la Magdalena, y dícele á Simon: «¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, no me diste agua para mis piés (que es un refresco que se hace á los que llegan cansados), esta con lagrimas de sus ojos me los ha lavado y limpiádomelos con su cabello; no allegaste tu carrillo al mio en señal de paz, y esta desde que entró no hace sino besarme los piés; no me ungiste la cabeza, esta me ha ungido los piés con agua de ángeles.» ¡Oh Dios agradecidísimo! y ¿quién no te sirve? Hombres, ¿habeis visto tal Dios, que apenas le habeis hecho el servicio, cuando le veréis hecho un pregonero de vuestras niñerías? Acullá san Martín, que le habia dado media capa, dice que vió aquella noche á Cristo con su media capa á cuestras, mostrándola á los ángeles y diciendo: «Mirad qué me ha dado Martín.» Que el sayo roto que diste al pobre y el zapato viejo y el regojo de pan lo sacará Dios á plaza el día del juicio delante de todo el mundo, y dirá: «Esto me dió Fulano.» ¡Oh locos avarientos,

malditos! Que vuestros tesoros se pudrirán y vuestra plata se comerá de orin y vuestras sedas se gastarán de polilla en vuestras arcas, y el sayo remendado del pobre parecerá bordado de oro y perlas; y vosotros os comeréis las manos de rabia, como os lo avisa Santiago: Y atesorastes ira para vosotros y contra vosotros en el día de vuestra muerte; ¡Oh pecadores, que jamás os acordastes de volveros á Dios ni de hacer penitencia! ¿Qué sentiréis cuando viéredes hacer alarde de los servicios que hizo la Magdalena á Dios, y de su penitencia; y vosotros, avergonzados, no oseis parecer, viendo que no tiene Dios una obra buena vuestra de que preciar-se? Aun no habia acabado de lavalle ni unguille, y ya le cuenta á Simon los servicios tan por menudo como si él no tuviera ojos y no se los viera. ¡Qué afrenta para Simon, para el fariseo, para el sacerdote! Qué confusion ver lagrimas en uno que se llega á sus piés, y en él no! No me diste agua para mis piés, y esta, desde que entró, no ha cesado de lavármelos con lagrimas de sus ojos. Fué tan grande el regalo que sintió Cristo de verse lavar los piés de un alma pecadora, que se las pone delante al sacerdote y eclesiástico para confundille. Gran confusion que diga Dios: «Entré en tu casa, no una vez, sino muchas, y nunca te acordaste de lavarme siquiera una vez con tus lagrimas, y ¿que una pecadora no cese de regalarme con boca y ojos, manos y cabello? Que comulgues cada día tan seco y con tan poca devocion, y que la pobrecita, un día en el año que comulga, sea con tantos sollozos, lagrimas y gemidos.» Terrible afrenta para el de la Iglesia y para el religioso es la que á Simon le hizo Cristo; ¿quién te hizo, Señor, procurador, de juez? Abogado se torna Dios del pecador que se convierte de su mala vida: *Sed et si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum*, dice san Juan; No pequeis, hijuelos; pero si alguno (lo que Dios no mande) pecare, no desconfie, tenga ánimo y vuélvase á Dios, porque tenemos un abogado acerca del Padre, que nos alcanzará perdon, y este es Jesucristo justo; que le llamó *justo* por animarnos á que, si por ser nosotros pecadores no nos atrevemos á ponernos delante de un justo Dios, que sepamos que es Padre, y que allá en las cortes del cielo tenemos un procurador justísimo, á quien el Padre tiene mucho respeto. Así que, blasona Cristo de los servicios que le hace la Magdalena, y vuelve por ella; volvió tambien por María cuando Marta la acusaba de descuidada; volvió tambien por ella cuando los discípulos la notaban de pródiga pocos días antes de su muerte; y María siempre callaba. Callad vos, que Dios responderá por vuestra causa, como hizo por los discípulos contra los fariseos, cuando le dijeron: «¿Por qué vuestros discípulos no se lavan las manos cuando se sientan á comer?» *Vos tacebitis, et Dominus pugnabit pro vobis*, dijo Moises al pueblo cuando vieron ante sí el mar, y á los enemigos á las espaldas: No temáis, callad, y el Señor peleará por vosotros. Y allá David: *Dominus retribuet pro me*; El Señor pagará por mí su merecido á mis enemigos. Concluye el Señor

y dice á Simon: «Pues en verdad te digo que á esta mujer le son perdonados muchos pecados porque amó mucho.» Esto es en el sentido que habemos ya dicho; «porque á quien menos se le perdona, menos ama.» Llegados somos á la *cuarta parte*, que es el amor de la Madalena y del estado de un alma en gracia; y porque yo pueda entrar con mas alientos á tratar desta materia, será bien hacer aquí pausa y descansar de la corrida larga que hasta aquí habemos traido, pues no solo yo estoy cansado de haber hablado, pero imagino que tambien los que me han oido. En tanto roguemos á la Fuente de vida que nos alumbré, para saber tratar dignamente de su amor divino, y de suerte que haga provecho en nuestras almas.

## PRÓLOGO

DEL TERCER ESTADO DE LA MADALENA.

Á LA ILUSTRE Y MUY CRISTIANA SEÑORA  
**DOÑA BEATRIZ CERDAN,**

religiosa del monasterio de Santa Maria de Casvas de Aragon.

Porque (como dijimos al principio deste tratado) tres estados se pueden considerar en la Madalena y en cualquier otro que pasa de pecado á gracia, y ya con el favor divino habemos tratado de los dos, que son del que el *pecador* tiene en su pecado y apartado de Dios; y del estado de *penitente*, cuando, con el auxilio divino saliendo de sus vicios, hace penitencia y se vuelve á Dios; y en la gloriosa Madalena los habemos pintado entrambos; agora en esta *cuarta parte* solo nos queda haber de tratar del tercero, que es de aquel regalo y dulzura de que goza el alma que, dejando la vieja piel de la serpiente antigua, que es el hombre viejo, sale del pecado con otra nueva vestidura de *gracia*, y renovada, se goza con su amado, adonde experimenta otros nuevos gustos y otras ternezas mas suaves que las que en el estado del pecado gustó. Pues porque esta parte va fundada en estas palabras que dijo Cristo á la Madalena ó á Simon, hablando della: «Muchos pecados le son perdonados porque amó mucho;» y conforme á esto será menester hablar del amor, quiero antes de comenzar á hablar de sus grandezas prevenir á vuesamerced y quitalle el escrúpulo que sé yo que su bondad y honestidad le podría traer. Esto haré tratando dos palabras del nombre del *amor*, para que, abonando este término, y mostrando cuán alto es y cuán digno de estima, y que es santísimo y divino, vuesamerced, como muy enamorada de Dios, goce de los secretos que aquel mar inmenso de amor encierra en sí y comunica á sus santas esposas, que corren tras el Cordero, atraídas con el olor suavísimo de sus unguentos, como lo dice una esposa que lo habia bien experimentado. Y porque se vea que los profanos amadores del mundo tienen infamado este divino nombre, llamaré en mi abono al gran discípulo de san Pablo, el divino Dionisio, el cual en el libro de *Los nombres divinos*, dice así: Muchos hay

que llevan mal y les parece fuerte que el nombre del *amor* se atribuya á Dios y á las cosas divinas; los cuales piensan que este nombre solo se puede usar para tratar de los amores profanos y sensuales, que mejor se llamarían brutales y furiosos. Pues no piense nadie que es estilo nuevo que nosotros usamos, ni alguna nueva introduccion contra la santa y divina Escritura, cuando damos á Dios este nombre; porque por cierto es cosa absurda y muy fuera de razon que se rija alguno por solo el sonido de los términos y lenguaje, y no por la significacion y sustancia que importan en sí. Esto es de hombres que no calan los misterios divinos, sino que solo tragan el sonido desnudo de las palabras; y es que no quieren saber lo que los tales significan, y cómo es menester en las cosas arduas explicar un término algo oscuro por otro mas claro; y si les quereis persuadir esta verdad alborótanse, como si no fuese lícito explicar el cuaternario por *dos veces dos*, ó llamar *nuestra patria* á la tierra do nacimos. Y porque nadie piense que lo que habemos dicho es torcer la interpretacion de la divina Escritura, oyan los murmuradores del nombre del *amor* al Espíritu sobrecelestial lo que dice, y con qué lenguaje habla: «Ama la sabiduría, y ella te guardará; céreate della y vístetela, y te ensalzará; hónrala, porque te abraza;» y las demás palabras y cantares amorosos que en la Escritura se hallan, adonde usa muchas veces del nombre del *amor*. Y puesto caso, Señora, que en nuestro lenguaje castellano no se hallen términos diferentes que signifiquen esto que llamamos *amor*, como se hallan en el latin; con todo eso, pondré las palabras que añade á estas el mismo divino padre san Dionisio, que, aunque en castellano no se sufran bien, por la pobreza de la lengua, y sean medio latinas, con todo eso, con el claro entendimiento y buen juicio que el Señor ha dado á vuesamerced, entenderá algo de la diferencia que se halla en los términos latinos. Dice pues: Antes bien á algunos de los sagrados intérpretes y tratadores de las cosas divinas, les ha parecido mas sagrado y divino el nombre del *amor* que el de *dileccion*; porque el divino Ignacio, mártir, dice en la epístola que escribió á los de Roma: *Amor meus crucifixus est*; Mi amor Jesus fué crucificado. Y allá en las primeras instituciones y libros introductorios de las santas Escrituras, se introduce uno que, hablando de la sabiduría divina, dice: *Amator factus sum formae illius*; esto dice por los libros de la *Sabiduría*. De manera que, aunque á algunos les parecia que para con Dios no se habia de usar el nombre de *amor*, como cosa ya aplicada á lo profano, sino el de *dileccion*, que, aunque quiere decir lo mismo, parece que dice el afecto de la voluntad con algo de mas moderacion que el nombre de *amor* (que yo no sé darle término en castellano á la *dileccion*, que es latino); con todo eso, dice san Dionisio: «Nadie se turbe con el nombre de *amor*, ni le quite del lenguaje de Dios como si fuese indigno de su grandeza; porque los deilocos padres, esto es, los que hablan de Dios, como son los profetas y santos apóstoles, por lo mismo toman *amor* que *dileccion*.» Y así,

con tan buen padrino quiero yo comenzar á declarar algo de lo mucho que el divino amor obró en la Madalena, y sus admirables efectos, puesto caso que al principio deste tratado comenzamos esta materia. Y los profanos y torpes: *Procul hinc, procul este prophani*; Huyan lejos de nuestra conversacion, ni se alleguen ni ensucien mis palabras con su torpe ingenio, que se correrá la muy enamorada Madalena, y aun creo que se me destempará la pluma si acaso los veo delante. No se atreva á tratar con manos torpes y sacrílegas este mi libro. Y vuesamerced por un rato desnúdese del cuerpo, y suba sola el alma á la region del sobrecelestial resplandor; y pasando todo lo sensible y lo inteligible, entre con Moisen en la niebla y *caligine* divina (que huelgo de decillo por este término latino), adonde vió Moisen á Dios, y le mostró todo el bien que dice la divina Escritura, cuando le dijo en el monte: *Ego ostendam tibi omne bonum*; que fué mostralle las ideas ó semejanzas ó ejemplares de todo lo criado, de quien dice en el *Génesis*: «Vió el Señor todo lo que habia hecho, y era muy bueno.» Entre vuesamerced con él en aquella niebla, y allí absorta y embelesada, deslumbrada del resplandor inmenso, ciega á todo lo de acá bajo, descubrirá los admirables efectos y grandezas del gran Dios de amor, adonde ardiendo con aquellas mentes angélicas, hecha divina mariposa, apurada en la llama y rayo de la luz soberana, y con el fuego del Amante eterno, consumirá todo lo terreno que acá en esta mortal region y oscuro suelo se nos pega.

## PARTE IV.

Y ESTADO TERCERO DEL ALMA EN GRACIA DESPUÉS DEL PECADO.

Con harto miedo de no acabar tan presto como querria, comienzo este tratado ó última parte; pero dame ánimo el pensar que la dulzura de la materia entreteñdrá el enfado de la prolijidad. Yo seguiré en lo que dijere á los que mejor hablaron desta materia, que son Hermes Trismegisto, Orfeo, Platon y Plotino, y al gran Dionisio Areopagita y á algunos de los antiquísimos filósofos, mezclando lo que en la sagrada Escritura hallare que no pueda levantar la materia; porque es la verdadera fuente donde nace todo lo dulce y soberano que del amor podemos decir, y aun donde los que he nombrado tomaron lo que dijeron bueno del amor y sus grandezas.

Tres cosas son las que hacen una cosa digna de ser estimada en mucho, y las que se miran para alabarla. Estas son la nobleza y antigüedad, la grandeza y el provecho que trae consigo. De suerte que, si del amor probáremos nosotros estas tres cosas, habemos salido con harta parte de nuestro designio. Hesiodo, Mercurio, Orfeo y Acusileo, llaman al amor antiquísimo, «perfoto por sí mismo, prudentísimo y de gran consejo.» Platon, en el libro que llaman *Timeo*, donde trata de las cosas naturales, pinta el *caos*, que para mejor entendello llaman *caos* un mundo informe, esto es, una masa sin

particular talle, como la que hace el ollero, que allí está el plato, la escudilla, la olla, la cazuela y lo demás que ha de hacer de la masa de barro que tiene al lado del torno donde labra. No tiene allí el plato forma de plato, ni la escudilla forma de escudilla, ni lo demás que ha de hacer; mas en potencia ó en virtud se dico que hay allí todo eso, porque de aquel barro lo ha de labrar todo. Cuando Dios crió al mundo, dicen que lo primero hizo el *caos* ó masa de que hablamos, informe, ruda, sin forma particular; y allí estaban envueltas todas las cosas, como si estuvieran en el vientre encerradas; porque de aquella materia se hicieron después. Y así dijo el otro poeta:

*Ante mare, et tellus, et quod tegit omnia, coelum,  
Unus erat toto naturae vultus in orbe,  
Quem dicere Chaos; rudis, indigestaque moles.*

Y luego:

*..... Quia corpore in uno  
Frigida pugnabant calidus, humentia siccis,  
Mollia cum duris, sine pondere habentia pondus.*

«Antes que criase Dios el mar inmenso, antes que descubriese las tierras y provincias, antes que hiciese algo de todo cuanto cubre el cielo, no habia mas que un bulto y masa, á quien llamaron *caos*, que era una grandeza ruda é indigesta. Y allí, en aquel desemejado cuerpo peleaban todas las cosas mezcladas unas con otras; porque las húmidas hacian guerra á las secas, las frias á las calientes, las blandas contrastaban á las duras, las ligeras á las pesadas; y así de todas las demás.» Como este tenia falta de luz divina, por ser gentil y profano, aunque quiso atinar, desbarató; porque no podian estar allí dos cosas contrarias juntas, y con su ser y calidades y formas. Y si no lo estaban, mal dice que peleaban, porque lo cálido no contraria á lo frio sino por sus calidades, que son contrarias las unas á las otras; pues «quien no tiene ser, no puede tener contrariedad actual con alguna cosa»; y el pelear es hacer algun efecto; y «de lo que no es sino solo en virtud y potencia no puede resultar efeto en acto». Como, aunque nosotros estábamos en Adan por potencia cuando comió, y virtualmente pecamos en su voluntad; pero no se dirá bien que actualmente comimos nosotros; y por esto su *pecado* se llama *actual*, y el nuestro *original*. Aludió aquí Ovidio, porque habiendo leído el *Génesis*, vió que, tratando Moisen de la creacion, dice: *Terra autem erat inanis, et vacua, et tenebrae erant super faciem abyssi*; que la tierra estaba vacía y sin ornato ni composura y sin talle. Erró tambien Ovidio en poner lid y discordia en el *caos*; antes Platon en él asentó el amor, como artífice universal de todas las cosas; porque, como dirémos, por amor se crian todas. Y por eso le llaman «mas antiguo que el mundo y que el *caos*» y que cuanto Dios crió; pues «primero es la causa motiva que nos impele y mueve al efeto, que el efeto que de allí resulta». Digamos esto algo mas claro: Dios al principio crió una sustancia ó esencia, la cual en el primer momento de su creacion era informe y oscura, co-

mo habemos dicho. Esta, por haber nacido de Dios, se convierte á él con un apetito nacido con ella misma. Vuelta á Dios, es ilustrada con su rayo y resplandor divino. Alumbrada así, se enciende con la refulgencia y reverberacion de aquel rayo. Encendido el apetito, se ayunta todo á Dios; y ayuntado, se informa. Porque Dios, que todo lo puede, parece que pinta en sí las ideas ó ejemplares de todas las cosas, y allá por un modo espiritual están entalladas las perfecciones que vemos en las cosas corporales; y estas especies de todas las cosas concebidas en la superna mente, llama Platon *ideas*; pero algunos de los platónicos declaran á su maestro desta manera: Que fingen allá una mente ó entendimiento que es supremo, y esta mente la ponen allegada y unida á Dios, y que en ella, por un modo espiritual, pintó todas las perfecciones de las cosas que después crió; pero que á la pintura de las ideas y á su conocimiento precedió la union y aproximacion de la mente que dijimos á Dios. De suerte que primero fué el unirse con Dios que el formar Dios en ella las ideas; y antes que el unirse fué el incendio del apetito; y antes deste precedió la infusion del rayo divino; á esta le precedió aquella primera conversion y vuelta del apetito; y á esta precedió la esencia informe é imperfecta de aquella mente que llaman; y á esta esencia aun no formada ni perfecta llaman *caos*. La primera conversion suya en Dios llaman «nacimiento del amor»; la infusion del rayo divino que alumbrada llaman «mantenimiento y cebo del amor»; el ardor é incendio que luego se sigue le llaman «aumento del amor»; la apropiacion y junta llaman «el ímpetu del amor»; y la formacion llaman *perfeccion*; y todas las ideas juntas y las formas de las cosas llaman ellos *mundo*, que quiere decir ornamento y compostura. La gracia deste ornamento se llama *hermosura*; á la cual el amor, luego en naciendo, atrajo la mente informe, esto es, no formada, imperfecta, para que se hermosease y perfeccionase. Y de aquí nace la condicion del amor, que arrebatada y lleva á la hermosura, y ayunta lo feo con lo hermoso. Estos sueños destes discípulos de Platon tienen mil escuridades y cosas que no se dejan entender; porque decir que en la mente que está unida á Dios pintó las ideas, es un desatino sin piés ni cabeza. Y la razon es que, ó aquella mente es el mismo Dios ó no: si lo es, siendo el mismo Dios, siempre es perfectísima, y es desatino decir que se perfecciona, y que le precede la esencia imperfecta ó informe. Si no es el mismo Dios (como no lo es, segun ellos), ó es «el alma del mundo», que ellos llaman, la cual dicen que vivifica toda esta máquina inmensa de los cielos y elementos, sol, estrellas y lo demás. Que Virgilio lo dijo en los versos siguientes:

*Spiritus intus alit, totamque infusa per artus  
Mens agitat molem, et magno se corpore miscet.*

Anda dentro el espíritu alentando  
Toda esta inmensa máquina del mundo,  
Acá y allá sus miembros avivando,  
Y el alma, desde el centro del profundo

Por secretas arterias enviando  
La vida, el movimiento y ser fecundo,  
Se mezcla en el gran cuerpo, y desde el cielo  
Hace vivir á cuantos tiene el suelo.

Digo que si esta gran *alma* que llaman *del mundo* (que no es lugar este de disputar la verdad desta opinion), por agora digo que se tiene por mas que falso; y así, no hay que hacer caso dello. Si no es el alma del mundo, ¿qué otra puede ser, que tenga las ideas de todas las cosas? Y así, los teólogos, dejada esta imaginacion, las ponen en el mismo Dios; y así lo dice mi padre san Agustín, de quien ellos lo tomaron, y el de Plotino, que lo dijo divinamente. Son las ideas (dice Plotino) las fuerzas infinitas é inefables de la sabiduría divina, inmensas fuentes fecundísimas, formas primeras que concurren en una divinidad; esto es, que son una cosa con Dios; porque, aunque se llaman por diversos nombres y en el nombrallas nos parezcan muchas; pero en hecho de verdad no lo son, porque Dios es simplicísimo y son el mismo Dios. Y así, las llamamos muchas y una, como decimos: la misericordia, la bondad, justicia, sabiduría, omnipotencia, y los demás atributos, que aunque á nosotros nos parecen muchos, por los diversos efectos que vemos en Dios, pero no son sino una cosa sola que hace diversos efectos, segun los diversos sujetos que halla. Como el sol, que con un mismo rayo calienta con el fuego y enfria con la nieve, y endurece el lodo y derrite la cera, y engendra con el caballo y produce con la tierra; y finalmente, hace diversísimos efectos. Pues al fin, sea uno ó sea el otro, que muy bien dijo Orfeo que es antiquísimo. Pues en aquel *caos* (que dice la sagrada Escritura) anduvo el amor como gran artífice, formando y hermoseando lo que allí estaba sin talle ni hermosura. Dijo mas, que era perfecto por sí mismo, esto es, que se perfecciona siempre; porque cuando es el amor puro y verdadero, cuanto mas va, se va mas ceñdrando y apurando; y aunque en Dios no puede crecer, pero fué descubriendo mas y mas. Primero crió el mundo y crió al hombre; parecióle poco darle los bienes naturales; dióle gracia y los del cielo. Y porque aun le quedaba mas que dar, dióle un solo Hijo que tenia, que es él; *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret*; que dijo Cristo á Nicodémus, y son palabras de ponderacion y como de hombre espantado, que, considerando el exceso del amor de Dios para con el hombre, rompió en una admiracion y pasmo, diciendo: «Así amó Dios al mundo; tanto le quiso, que le dió á su Hijo.» No paró en esto su amor, sino que porque le quedaba aun el Espíritu Santo, determinó tambien de dárselo; y así, vino el día de Pentecostés sobre los discípulos. Por ventura es esto lo que dice san Juan del Redentor: *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos*; Como hubiese amado los suyos que estaban en el mundo, amólos en el fin, esto es, mostróles mas ardiente y eficaz amor al fin de la vida; porque (como dice Orfeo) «el amor se va perfeccionando siempre». Llamóle tambien *consultísimo*, porque por esto se dió la sabiduría (cuyo es propiamente el consejo) al alma;

porque, vuelta por amor á Dios, resplandeció y fué alumbrada con su rayo; y de la misma suerte se vuelve el alma á Dios que los ojos al sol.

## §. XLIX.

Probada como quiera la antigüedad y nobleza del amor, probemos su grandeza y poder. Dice Platon: *Magnus Deus amoris diis hominibusque mirandus*; Grande es el Dios del amor, y maravilloso á los hombres y á los dioses. Llamen los antiguos *dioses* á los que nosotros *ángeles*. «Es pues (dice) maravilloso, porque de aquello nos maravillamos que tenemos por grande.» Grande es por cierto, pues á su señorío se rinden los hombres y los ángeles, y aun el mismo Señor de los ángeles. Admirable es tambien, porque aquello ama cada uno de cuya hermosura se admira. Admiranse los dioses ó los ángeles de la divina hermosura, y ámanla. Que es lo que dijo san Pedro: *In quem desiderant Angeli prospicere*; que los ángeles desean mirar aquel espejo resplandeciente de belleza. No lo pudo mejor decir san Pedro. Pues ya ¿no lo ven? Sí. ¿No dice Cristo: «Los ángeles siempre ven el rostro de mi Padre celestial?» Sí. Pues ¿cómo dice san Pedro «que lo desean mirar»? En las cosas sobrenaturales y en las honestas, como son las de virtud, el amor consiste en el deseo y tambien en la posesion, como dirémos en el *Tratado del Santísimo Sacramento*, con el favor divino. Esto no es así en las cosas útiles, en las cuales consiste el amor en sola su posesion, mas no en el deseo ni en las deleitables, que está solo en desearlas, y cuando se desean y no se tienen se aman, y en teniéndolas se resfria y pierde el amor, como le aconteció á Amon cuando forzó á Tamar, que luego la aborreció hasta no poderla ver. Pues como el ver á Dios sea de las cosas honestas la mas alta, y su amor consista en el deseo y en la posesion, de aquí viene que, creciendo la experiencia de la dulzura del gozalle, crezca tambien el deseo de mas y mas gozalle; y como el gozalle y miralle ó el entendelle todo sea uno en los ángeles, dijo san Pedro que «los ángeles desean miralle». Y es que siempre se les parece nuevo y que agora comienzan á velle; y aun acá solemos decir de una cosa que mucho nos agrada, que «no nos hartamos de miralla». Y el otro dice: «Deseo mirar bien esta pintura;» y está siempre mirando: creo que está bien declarado el lugar de san Pedro. Así como los ángeles se admiran de la belleza espiritual y la aman, así tambien los hombres aman y se admiran de la corporal, y por ella suben gateando á rastrear la espiritual, no criada. Como lo dijo san Pablo: «Las cosas invisibles por las visibles se conocen;» y la sempiterna virtud y divinidad de Dios tambien se conoce por la huella de las criaturas. Esto mismo dijo David: «Los cielos muestran la gloria de Dios, y las estrellas descubren su hermosura.»

## §. L.

Réstanos agora de probar el provecho del amor, y estas tres cosas, que son, la antigüedad y nobleza, la

grandeza y la utilidad del amor. Tratámoslas así en suma porque adelante dirémos mas extendidamente dellas. Todos los provechos que el amor nos trae, aunque son muchos, se resumen en que, evitando y huyendo los males, sigamos los bienes. Tomamos aquí *malo* por torpe y feo; y *bueno* por honesto. Para solo esto se han ordenado tantas leyes, se predica tanta doctrina, para solo que los hombres eviten lo malo y sigan lo bueno. Esto nos enseñó David diciendo: *Declina à malo*; Huye del mal. Porque primero habemos de desmontar el campo y quitar las malas yerbas, y después sembrarle el buen pan. Así, primero es el apartarnos del mal, que, por estar nuestra naturaleza tan estragada y hecha al mal, y haberlo mamado en la leche, nos es mas dificultoso; y así, dice el Señor en el *Génesis*: «Todos los deseos del hombre son inclinados al mal desde su niñez.» Añade David: Desque te hayas apartado del mal, no te contentes con eso, sino *Fac bonum*; Obra bien, date á la virtud y bondad. Y como cosa de gran importancia, nos la dice en otro salmo: *Declina à malo, et fac bonitatem*; Desviate del mal, que es lo primero y lo mas arduo, y haz bondad. Paréceme que mejor que todos lo dijo Dios á Jeremías: «Mira (le dice el Señor) que te he hecho hoy sobrestante y presidente de las gentes y reinos, para que arranques y destruyas, y desperdicies y disipes, y para que edifiques y plantes.» En este lugar dijo que primero desmontase y arrancase los vicios, y después plantase las virtudes; y porque (como habemos dicho) lo mas dificultoso es quitar los vicios, así puso cuatro términos ó palabras que significan de cepar ó arrancar, y solas dos para lo que es plantar; porque menos hay que hacer en seguir el bien que en huir del mal. Pues esta es cosa maravillosa del amor, que lo que las leyes y prenáicas, y fueros y aranceles, y tantos volúmenes de derechos, que son innumerables, jamás han podido acabar, lo acaba el amor en brevisimo momento de tiempo; porque la vergüenza nos abstiene y retrae de las cosas torpes, y el deseo de la excelencia nos provoca al estudio de las cosas honestas.

## §. LI.

Descubramos agora algo mas lo que encierra el amor, y pongamos primero la definicion que le dan. Dicen los filósofos morales que es un deseo de hermosura; que por esto arriba dijimos que estaba en el deseo. *Hermosura* llamamos una gracia que consiste y nace de la consonancia y armonía de muchas cosas juntas. Esta es en tres maneras, porque por la consonancia y proporcion de las virtudes nace una cierta gracia en el alma, y por esto dicen los teólogos que «las virtudes andan eslabonadas, y que quien tiene la una tiene todas las demás, y á quien una falta le faltan todas», que es lo que dice Santiago. El que peca contra un mandamiento, haga cuenta que los quiebra todos; porque quien dijo: «No mates,» tambien dijo: «No cometes adulterio.» No quiere decir que será tan culpado ni castigado como si los quebrantara todos, que eso no puede ser, sino que tampoco se salva como si los quebrase todos. Y eso es

lo que dice Aristóteles: *Bonum consurgit ex integra causa, malum autem ex quocumque*; que el bien nace de todas las causas enteras y el mal de cualquiera; que, diciéndolo mas en romance, quiere decir que para que el bien lo sea «no le ha de faltar hebilleta»; como para salvarse uno ha menester guardar toda la ley, mas para ser malo y condenarse basta que quiera uno quebrar un mandamiento. Nace tambien otra gracia de la consonancia de las colores y líneas del cuerpo. La tercera es en el sonido por la proporción de diversas voces, y pues esta gracia llamamos *hermosura*, síguese que hay tres, que son: de los *ánimos*, de los *cuerpos* y de las *voces*. La de los *ánimos* se goza y conoce con el entendimiento, la de los *cuerpos* con los ojos, la de las *voces* con el oído. Pues si el entendimiento, la vista y el oído solo son con los que podemos gozar de la *hermosura*, y el amor es un deseo de gozalla, síguese que el amor solamente se contenta con el entendimiento y con los ojos y con el oído. Decidme pues vosotros profanos, los que afren-tais el divino nombre del *amor*, ¿de qué sirve aquí el olfato? De qué el gusto? ¿Qué hace aquí el acto? ¿De qué aprovechan los olores, los sabores, las cosas frias ó calientes, las duras ó blandas que se reciben por los demás sentidos? Ninguna destas cosas es *hermosura*, porque son formas simples; y (como habemos dicho) la *hermosura* requiere diversidad y concordia ó consonancia en ella. Luego el apetito que sigue los demás sentidos, no se llama amor, sino lujuria y torpeza y furia desenfrenada. Y mas, que lo que llamamos *consonancia* es un temple que hay en las virtudes y en los colores y en las voces. Este es lo mismo que *templanza*; luego el *amor* solo sigue las cosas que son modestas, templadas y hermosas y compuestas. De aquí se sigue que, no solamente el *amor* no desea el deleite del gusto ni del tacto, que son tan vehementes y furiosos, que sacan de sí al entendimiento y le turban, mas antes las huye y aborrece como cosas contrarias á la *hermosura*; porque estas tales traen un hombre á intemperancia, luego á disonancia y desacordancia, y pues la *hermosura* consiste en concordancia y consonancia, síguese que atraen á fealdad y torpeza, que consiste en la disonancia. De aquí se entenderá por qué san Dionisio, Hieroteo, san Ignacio y los santos dan este divino nombre á Dios, y es, porque dél nace todo lo honesto, templado, hermoso y de virtud; por esto se dice que «todo amor es honesto, y todo amador justo». Deciamos pues que del *amor* nacia la *vergüenza*, que nos retraia del mal, y el cuidado, que nos impelia para el bien; porque cuando dos se aman, guárdanse el uno al otro, miranse, desean aplacerse. Guardándose el uno al otro, huyen las cosas torpes como quien siempre tiene testigos de sus obras; deseando agradar el uno al otro, acometen las cosas arduas y magníficas con gran ardor, porque no vengán en desprecio al amado, y porque parezcan dignos de ser amados con igual amor. Esto hacia David cuando decia: *Providebam Dominum in conspectu meo semper, quoniam à dextris est mihi, ne commovear*; Traia yo siempre al Señor delante de mis

ojos como testigo de mis obras; y así, estando siempre á mi lado, no me dejará tropezar en los vicios. Y no sé si seria muy fuera del propósito lo que dice el Sabio: «Mejor es ser dos de compañía que uno solo,» porque tienen mucho provecho de su compañía y amistad. «Y hay del solo, que si cae no tiene quien le dé la mano.» Digo que habla bien á nuestro propósito; porque la fuerza del amor y el ver que cayó delante del amado, y que quizá le perderá el amor ó se le entibiará, le hace levantar de su caída. Dícele Dios á Abraham: *Ambula coram me, et esto perfectus*; Abraham, mirad que andais siempre delante de mí, esto es, haced cuenta que os miro yo siempre, y «seréis perfecto»; porque por esto los mártires acometieron hazañas espantosas, y cosas tan arduas, que á los que no aman les parecen imposibles. ¿Quién hizo á nuestro bravo y cortés español san Laurencio, en cuya vigilia y en cuya ciudad yo escribo agora estas palabras, dar aquella voz que sonó en el cielo y encantó á los ángeles, y salieron corriendo á esas ventanas del cielo á ver lo que habia sido; voz que atronó el mundo y hizo bambolear los cimientos de la tierra con el peso de tan bravo jayan, voz que hizo temblar á todo el infierno y esconderse los demonios, de miedo que bajase á echarlos de sus casas; que, estando tendido en las parrillas, tostándose aquella generosa carne, teniendo abrasado el cuerpo, pero mucho mas el alma, venciendo el fuego divino al sentimiento del humano, vuelto al tirano, le dijo: «Ya de este lado estoy asado, vuélveme y come»? ¿Quién hizo á un san Pablo que, no solo sufriese las persecuciones y llevase con paciencia los trabajos, mas aun que se gloriasse y hiciese gala dellos? *Non solum autem, sed et gloriamur in tribulationibus*, dice él mismo. ¿Quién hace morir con alegría, siendo la muerte la cosa mas espantosa y horrenda de las de acá? De la que dijo Aristóteles: *Omnium terribilium, terribilis est mors*. Y con todo eso, se halla quien la tome de buena gana. Todo esto lo hace el amor, que todo se le parece fácil y suave, á trueque de complacer á quien ama.

## §. LII.

Vamos subiendo algo mas esta materia. El gran Padre del mundo, Dios, causa universal donde nacen todos los efectos, lo primero que hace es criar todas las cosas; lo segundo, las arrebató y tira para sí; lo tercero, perfecciónalas. Por esto llamamos á Dios «principio, medio y fin de todas las cosas». Principio en cuanto las produce y cria; medio en cuanto atrae á sí las cosas criadas; fin en cuanto perfecciona lo que á sí lleva. Tambien por esta razón á este Rey de todas las cosas le llamamos «bueno, hermoso y justo». Bueno cuando cria, hermoso cuando atrae, justo cuando á cada uno premia conforme á su merecido. De manera que la *hermosura*, cuyo oficio es atraer, se pone entre la *bondad* y la *justicia*, porque nace de la *bondad* y corre hasta la *justicia*. Por esto san Pablo, cuando habla de que Dios le habia de premiar, le llama *juez justo*, porque á la *justicia* toca dar á cada uno lo que se le

debe. «Darme ha la corona el justo juez,» dice á Timoteo. Estos tres nombres de Dios, que son llamarse «principio, medio y fin», los experimentaron los discípulos con el Redentor, porque como principio los crió; y así, dice san Juan: «En el principio era la palabra;» esto es, antes de todo tiempo, antes que las cosas tuviesen principio, ya entonces era el Verbo ó palabra divina, y aquella palabra principio no quiere decir el Padre, de suerte que diga, en el principio, que es el Padre, estaba el Hijo, porque seria repetición viciosa de una misma cosa, pues añade luego: *Et Verbum erat apud Deum*; El Verbo estaba cerca de Dios. Y Dios se toma allí por el Padre, y así fuera repetir lo dicho. Crió pues las cosas como principio; y así, añade san Juan: «Todas las cosas fueron hechas por él;» luego criólas él, que es lo mismo. Y él es principio, que así lo dijo cuando los fariseos le preguntaron: «¿Quién eres tú?» Respondió: «Soy el principio, que os hablo.» Y en el *Apocalipsi* en muchas partes se llama principio y fin. Fué medio tambien de atraerlos al Padre, y esto en muchas maneras, llamándolos, purificándolos con su doctrina, que así se les dijo en la cena: *Jam vos mundi estis propter sermonem, quem locutus sum vobis*; Ya vosotros estáis limpios por la doctrina que yo os he dado; y por eso se llama medianero. Y san Pablo: *Mediator Dei, et hominum, homo Christus Jesus*; El mediador de entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. Y díjolo galanamente, porque el medio ha de participar de los extremos; los extremos son Dios y los hombres; pues sea el medio Dios y hombre Jesucristo, que Cristo encierra todo eso junto. Así tambien, como el medio nos lleva al fin, Cristo nos lleva al Padre; díjolo él mismo: *Nemo venit ad Patrem, nisi per me*; Nadie viene á mi Padre si no es por mí, que soy el medio. Por esto se llama puerta por do se ha de entrar á Dios: *Ego sum ostium: per me, si quis introierit, salvabitur*; Yo soy la puerta; el que entrare por mí (esto es, por mí fe, formada con caridad) salvarse ha; que es llegar al fin, que es Dios. Atrae tambien con la *hermosura*, y con ella los atrajo. Donde el bienaventurado san Jerónimo, respondiendo á la calumnia de los malditos Juliano apóstata y Porfirio, que decian que ó los apóstoles habian sido muy livianos en irse en pos de Cristo por solo llamarlos él, ó los evangelistas mentian en escribir que al primer llamamiento, dejándolo todo, le siguieron; responde el glorioso doctor que la virtud de la divinidad que habitaba en Cristo hacia fuerza en los corazones de los discípulos. Y el resplandor y majestad de aquel rostro, mas hermoso que todos los hijos de los hombres, bastaba á atraer á los que le vian; porque si el ámbar atrae las pajas á sí, y el iman el hierro, ¿qué mucho que el Hacedor de todas las cosas atrajese á sí á sus criaturas? *Ego si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum*, decia él mismo. Yo soy como el ámbar, que si le levantais en alto lleva las pajas tras sí: «Si me levantáredes en una cruz, todo me lo llevaré en pos de mí.» Así que los atrajo con la *hermosura*; si no, miradlo

por el apóstol san Pedro en el monte, que con solas unas migajas de gloria y unos dijes de hermosura que vió en Jesucristo, no habia quien le hiciese bajar de allí. Como fin perfeccionó á sus discípulos, porque los unió á sí con particularísimo lazo de amor, y el fin es donde está la perfección; de suerte que cuanto una cosa está mas allegada á su fin, tanto mas perfecta se hace. Y como Jesucristo es el fin por quien todas las cosas se criaron, y los discípulos fueron los mas cercanos, síguese que fueron los mas perfectos. Por esto el glorioso san Pablo, cuando cuenta los diversos grados de la Iglesia que Dios puso para su provision y ornato, cuenta en primer lugar á los apóstoles como á suprema jerarquía. Hé aquí cómo Dios es principio, medio y fin; bueno, hermoso y justo.

## §. LIII.

Es menester agora que veamos cómo de la divina hermosura nace el amor, que nos lleva á Dios. En el principio deste Tratado, y en la primera parte dél, pusimos aquel círculo divino de Hieroteo y de san Dionisio, adonde mostramos cómo el amor, en cuanto comienza y nace de Dios, se llama *hermosura*; en cuanto llegando al alma, la arrebató, se llama amor; y en cuanto la une con su Hacedor, se llama *deleite*. Dionisio, y antes que él Platon, compara al sol con Dios, y dice que se parecen mucho; y es porque, así como el sol alumbró los cuerpos y los calienta, así Dios con su rayo divino da á los ánimos el resplandor y luz de la verdad y el ardor y calor de la caridad; y así como el sol todo lo vivifica, todo lo actúa y le da ser, todo lo ilustra: da luz á los ojos para que vean, colores á los cuerpos para que sean vistos, claridad al aire, que es el medio, para que se forme el acto del ver; así Dios es acto de todas las cosas, y el que á todas ellas les da fuerza y vigor, y en cuanto á esto se dice bueno. Vivificalas, regálalas, trátalas con ternura y las levanta; y en cuanto á esto se dice hermoso. En cuanto aplica y alumbró la potencia para que conozca, se llama *verdad*; y así, conforme á los diversos efectos, le damos diferentes nombres. No querria que el curioso lector deste mi tratado se enfadase, pareciéndole que para hablar del amor de la Madalena no fuera menester tomar de tan léjos la corrida; porque, puesto que esta materia parece escabrosa, y que quisieran los que la leen que juntamente fuera descubriendo y aplicando todo lo que decimos á nuestro propósito, no se tardará mucho en llegar á ese punto. Y por no quebrar el hilo cada punto con las aplicaciones, lo dejo para por junto; y entonces se verá á qué propósito trajimos estas cosas del amor. En tanto volvamos á nuestra materia.

## §. LIV.

Habemos dicho de Dios que es la suma bondad y que es *hermosura*. Es pues agora de saber que los filósofos antiguos pintaban un círculo, y en el centro ó punto del medio, que es indivisible, ponian la bondad, y en la circunferencia, que es el círculo, pusieron la her-